

OLVIDADO

Miguel Ángel Malo Ocaña
(*Alcalá de Henares*)

Abre. Cierra. Abre y cierra la puerta: la brisa. Suave, de amanecer, el viento ligero. Contra el quicio. Estás. Muerta ya la esperanza. Muerta ya la ilusión. Muerta ya la transparencia. No vivo. Pero has vuelto

un joven corre para entrar en la casa, es la hora de comer y padre pronto llegará, sí, queda poco ya, una mujer aletrada y anumerada te da una cuchara, la sartén en las trébedes, pruebas, qué ricas las gachas, madre, ella te sonrío

a tu hogar. Frente a la casa. De pie. Tal un símbolo de tu regreso, amanece. Casi alegría. Casi. Aquí. Por fin. De pie frente a tu casa. Tu larga sombra penetra por la puerta; la puerta desvencijada. Entra sin permiso. Y antes que tú. Hasta dentro. La sombra. Dentro. La sigues. Sola, en su sitio, la chimenea. Te aguarda. Te aguarda para calentar tu frío de años. Siglos te parecen. Quizá. Cruzas la cocinacomedorvestíbulo y habitación cuando hacia falta. Te asomas

la jofaina con agua en la esquina, algo similar a jabón para que padre se lave al llegar, la cama, en medio, de madera, las paredes con desconchones, el techo con tres goteras

a la alcoba de tus padres. Queda nada. Tampoco. Tampoco. ¿Tu habitación. Te alegras. Tu cama

un buhonero vocea, cien mil cosas para comprar, también una cama, vieja, pero, con una mano de pintura, nueva, comenta tu padre, y tú abres los ojos pleno de gozo

destrozada. Sin colchón. Eso fue un somier. Fue. ¿Cuándo ¿En qué tiempo. Marca el tiempo. ¿Cuál. La puerta. Un tiempo irregular. Descompensado. Lo estira. Lo acorta. Lo desgarras. Golpes. La puerta. Contra el quicio, la puerta. Contra la puerta, el viento: el dueño del tiempo: lo pautas a su gusto. El ritmo obstinado que rompe los años. Los siglos. Nombres y canciones

Los mozos con la camisa nueva, cada domingo estrenada, las mozas recién peinadas, la fiesta, la banda toca, mal, desentona, y, planeando sobre la gente, el olor de la ropa planchada y el olvidarse de la fatiga

de otros tiempos, recitados a boca cerrada. Tonadas felices. Por la brisa. (Felicidad). Unos segundos. Un paréntesis, una pausa chica. Un golpe de la puerta. Guardar humo en los bolsillos. Breve anotación en el margen

la buscas, la encuentras, ¿bailas, bueno, tenerla al fin tan cerca: un gozo primario, la tierna alegría, la suavidad de su cuerpo joven, atraes, un poco, su cuerpo hacia ti, ella no te deja acercarte más, amablemente, con cuidado, poco a poco, despacio, afirmando con la negativa, en tanto que allá, en la esquina, él y tres más esperan, esperan, te esperan

de la hoja de un diario. Secretamente guardada. La escondes. Reflejo. Ráfaga. Atiniebla. Rescata de

la oscuridad, las afueras del lugar, la pelea, solo frente a cuatro, perro, quién te has creído que eres, el metal brillando, es mía, flores coloradas, y aquí se hace mi real gana, empapada tu camisa en flor, no eres nadie para oponerte a mí, tus labios gustando la tierra, ¡nadie!, una patada final en el estómago, ¡nada!

la oscuridad. Del polvo. Del olvido. En una jaula de oro. (Felicidad). Protegida. De oro podrido, tu recuerdo. A pesar de todo

un gusano escapa de su agujero y sube por tu lengua, pero no lo sientes, los cuatro te llevan, no vivo, te llevan lejos, y sabes qué te hacen, no sientes pero sabes, sabes que ahora no vives, que tu cuerpo está repleto de silencio, silencio, la vida ausente de él, ya no eres el andrajo que los cuatro mozos arrojan al pozo seco

diluidos. Desleídos en dolor. Siglos. Milenios. Segundos. Entra. Desleídos en tiempo. Por un ventanuco. Abertura triste. Bañando el interior, borbotante de vida, melodía clara,

todo sombras, tú allí, en la estación infinita situada, roto el círculo, allende el invierno, ni muerto ni vivo, sin saber qué pasa, tú a años-oscuridad de nada, eternidades esperando, siglos o milenios dentro, sólo los recuerdos, librando de la tiniebla los oros de aire perdido, tú aguardando, despaltando tiempos desgajados de la transparencia, percibiendo el ritmo del silencio, tú, viviendo la muerte del olvido, su monstruosa secuencia

la luz. La que amamanta la vida. Pincelada de claridades. Prístina. Desea penetrar. En ti. La luz. Mas barreras de podredumbre. Bulle en ondas la vida, la luz. La podredumbre: mansión de silencio: tu cuerpo: tus / ojos

lo oscuro cercándote durante un tiempo inabarcable, lo oscuro como cárcel, como encierro, las brumas, el olvido

desojándose. En la basura. Hace un sinnúmero de memorias. A tu alrededor la vida, sin embargo. Tú el contraste, pues. Forasteros: la casa y tú. Desahuciados de ella. A duras penas existiendo olvidadamente. Arrojado. A tu hogar. Sin muebles. Expulsado de tu vida, de tu muerte. Deshabitados ambos. Hogar y cuerpo. Sostenido por dos ramas, tu cuerpo. Apenas. Muy devoradas de gusanos. Por eso creíste ser muerto. De pie. Ellos sí te recordaron. Pero no eres muerto. En pie, dentro. Ellos: los devoradores del recuerdo. Ni vivo. Medio derrumbado. Poco más que nada, la casa. Unidos ambos. Sólo ansía caer. En el deseo. Dar descanso a las paredes. Desea hundirse. No albergar más. Jamás. Hastiada de cobijar. Hospedar a ángeles caídos. Al barro. Apteros. Anónimos. Olvidados hasta por la

mas una noche estás arriba, contemplando sin ver lo negro, tu calabozo, tu tumba, abajo, y sabes tu misión ahora: regresar: las cenizas a las cenizas, el polvo al polvo, el olvido al olvido



enlutada. Crujidos.
Quejidos de las vigas, las paredes. Tiembla todo. Te alegras. Se tambalean los muros. (Felicidad). Se derrumba. Te acoge. Te envuelve. Una madre amantísima. Sobre ti. Te arropa. Cae tu hogar. Caes tú. Te entierra. Te esperaba. Un gusano. Te acoge sólo a ti. Sale de tu boca. Te abandona. Te deja. Quedas, ya de todos, olvidado.

